

ELIZABETH DRAYSON

EL ÚLTIMO SULTÁN

Boabdil y el fin de Al-Ándalus

Traducción de
ANTONIO IRIARTE

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

PREFACIO

Este libro se propone poner en primer plano a un hombre que no ha recibido de los historiadores la atención que merece y que, desde luego, jamás ha sido considerado un héroe en el sentido convencional de la palabra. Siendo un joven bisoño de veinte años que apenas había salido de los confines del palacio de la Alhambra, salvo para ir de caza, y que carecía de cualquier experiencia del mundo al margen de su familia disfuncional, subió al trono como vigésimo tercer y último sultán de la dinastía nazarí de Granada. En los diez años que siguieron, este hombre excepcional derrotó a sus traicioneros padre y tío y rechazó valerosamente los ataques del indómito ejército cristiano, sobrellevando con dignidad la inevitable pérdida de su reino islámico y su consiguiente exilio de España. Vivió en un momento único y crucial de la historia, en el punto culminante del enfrentamiento entre las civilizaciones cristiana y musulmana en la España medieval, y este libro es el primer estudio extenso de su vida y época.

En Granada: The Light of Andalucía [Granada: Luz de Andalucía], el romántico homenaje de Steven Nightingale a su ciudad adoptiva, publicado en 2015, el autor estadounidense se refiere al «ridículo Boabdil», del que dice que «se dejó caer con todo el peso de su miedo y vulgaridad sobre Granada y precipitó el final de la ciudad con sus inútiles disputas y confusión». Esta visión reciente del sultán es representativa de la mala opinión de él que empezó a circular a principios del siglo XVI y que ha persistido desde entonces, a despecho de las recreaciones literarias más equilibradas y favorables de su vida que surgieron a partir del siglo XIX. Los relatos biográficos e históricos de su época que forman la base de este libro ofrecen una imagen diferente, que sustenta la revisión de varios prejuicios populares acerca de su personalidad. Las principales fuentes del siglo XV fueron obra de historiadores cristianos: solo existe una fuente árabe de esta época. Contienen numerosos relatos de testigos e incluyen las palabras escritas y pronunciadas por el propio sultán.

En las fuentes contemporáneas se emplean los términos «rey», «sultán» y «emir» para referirse a la condición de Boabdil en tanto que gobernante musulmán, pero los historiadores españoles prefieren el término cristiano «rey». En este libro se usan indistintamente estos tres términos. El término «moro» aparece en algunas fuentes documentales de la época, a menudo empleado por los cristianos para expresar hostilidad, y por los musulmanes con sentimiento de orgullo. En origen, se aplica a personas oriundas del norte de África, pero puede resultar impreciso. Boabdil es ocasionalmente descrito como «moro» en antiguos textos cristianos, así como por la posteridad, pero había nacido en España, de ascendencia árabe. En la actualidad, los términos «moro» y «morisco» sugieren un halo de exotismo y se suelen asociar con una arquitectura y cultura representativas de la civilización islámica en España evocada por Boabdil.

Estos ejemplos muestran cómo el conflicto entre las dos culturas principales de la península Ibérica en la Edad Media quedó reflejado en el vocabulario empleado para describirlo. De hecho, rastros permanentes del legado islámico de España persisten en la elevada proporción de palabras de origen árabe del idioma español. Sin embargo, la Granada musulmana de lengua árabe y la vida de su postrer gobernante han sido a menudo marginadas en la historia y mal comprendidas. Las relaciones entre el mundo islámico y Occidente, así como el alboroto de estos últimos años, apuntan a que este es el momento adecuado para exponer por completo, a plena luz del día, la historia de Boabdil, no como una historia de decadencia y derrota, sino como una de defensa valerosa de una identidad religiosa y cultural y de un modo de vida. Tengo la esperanza de que este libro atraiga una mayor atención sobre los acontecimientos de su vida y las implicaciones de estos para los problemas religiosos y culturales de nuestra época.

LA DINASTÍA NAZARÍ DE GRANADA

Un rey espera, sentado inmóvil sobre su caballo negro azabache. Sus ropajes de terciopelo negro se agitan ligeramente en la brisa fría de una mañana de primeros de enero y su caballo piafa impaciente el terreno embarrado. Aunque su actitud es solemne, el semblante barbado del hombre trasluce un profundo dolor que se refleja en los rostros del puñado de servidores que aguardan de pie tras él. Otro rey con su reina, a caballo asimismo, se hallan frente a él: sus suntuosos atuendos bordados de rojo y oro, sus monturas ricamente enjaezadas y su numerosa hueste de servidores contrastan fuertemente con la sobriedad y modestia del atuendo y séquito del primero. El silencio es absoluto. Sacando un pie del estribo, el rey inclina lentamente la cabeza, y luego se agacha a tenderle el manajo de magníficas llaves que sostiene a un paje, que las lleva y entrega ceremoniosamente al rey vestido de rojo. Este, a su vez, se inclina con solemnidad, y le ofrece las llaves a su reina. Al ver la alegría de sus rostros, el rey vencido y sus seguidores son incapaces de ocultar su dolor y tristeza, y el ruido del llanto rompe el silencio mientras le da la espalda a la ciudad de Granada y la deja por última vez. El rey vestido de negro es Abu Abdallah Muhammad ben Ali, o Muhammad XI, conocido por Boabdil, último sultán moro de Granada, y cabeza de la dinastía nazarí. Su dramática entrega de las llaves de la ciudad de Granada a los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, el 2 de enero de 1492, señaló un momento crucial en el enfrentamiento secular de dos grandes religiones y culturas. Simbolizó la trascendental transición que hizo pasar el reino de Granada de estado islámico a territorio cristiano; el momento que colocó a España en el rumbo que la llevaría a convertirse en la principal potencia de la temprana Europa moderna.

En los diez años que precedieron a 1492, el reino de Granada fue teatro de una de las guerras más importantes de la historia europea. El

territorio del sultán nazarí era el último baluarte español de un imperio musulmán que originalmente se había extendido hasta allende los Pirineos, y había incluido ciudades del norte de España como Barcelona y Pamplona. La sociedad islámica española había formado parte integrante del continente europeo durante la mayor parte de un milenio. Había existido ahí desde tiempos de Beda el Venerable y el rey Alfredo, durante los reinados de Guillermo el Conquistador y los grandes monarcas medievales ingleses, la creación de las universidades y las catedrales góticas y el advenimiento de la imprenta, justo hasta la época de los Tudor. La caída de Granada supuso la culminación de esa antigua batalla entre dos grandes civilizaciones opuestas, que no solo selló la suerte cultural de una gran parte de Europa, sino que estableció la base para el descubrimiento de las Américas. El año 1492 suele ser considerado un principio, el de la España moderna o el del descubrimiento del Nuevo Mundo, pero lo que entonces terminó fue igualmente importante. Durante cerca de 800 años, la península Ibérica había sido el hogar de un grupo de personas que llegaron como conquistadores y se quedaron para fundar una civilización única y refinada que le dejó a España un legado cultural duradero. La conquista de Granada fue uno de los sucesos más memorables de la historia de España; sin embargo, la historia no se ha centrado en el papel fundamental que desempeñó Boabdil en esos acontecimientos, aunque su memoria siga viva en la leyenda y la ficción. La historia conspiró con el mito para satanizar o para idealizar la imagen del último rey moro, mientras la verdadera naturaleza de Boabdil permanecía inaprensible. Este libro cuenta la historia de su vida y época y reconsidera el veredicto de la historia, que lo ha marginado y favorecido a sus vencedores. Examina su papel decisivo en la España de finales del siglo xv, atendiendo a testimonios históricos contemporáneos así como a las opiniones de historiadores posteriores. Investiga cómo se creó y preservó la reputación de Boabdil y cómo se convirtió en materia de leyenda. Su historia aún nos concierne en la actualidad, mientras consideramos qué relación podría haber entre el legado medieval multirreligioso y multicultural español y los conflictos que enfrentan al Occidente moderno y al mundo musulmán.

Los relatos de invasión y conquista que implican primero a Rodrigo, último rey visigodo de España, y después a Boabdil, han ido cobrando importancia a la luz de las tensiones religiosas existentes entre el islam y Occidente. Importantes oposiciones, como las que existen

entre etnias hispánicas y árabes, entre cristianos y musulmanes, entre historia y mito, resultan fundamentales en la historia de Boabdil y acentúan su perenne relevancia y valor dentro y fuera de España. Se puede reconocer el papel crucial de España en la Edad Media como punto de encuentro de Europa y Oriente, del cristianismo y del islam, contra el telón de fondo de la negativa percepción medieval del islam por los cristianos y del cristianismo por los musulmanes. La temprana imagen medieval cristiana del islam veía en Mahoma un falso profeta, un impostor y hereje cuyos seguidores eran hombres sanguinarios y violentos. Era una imagen surgida de la visión cristiana de los musulmanes como conquistadores, y del islam como una aberración del cristianismo. Por su parte, los musulmanes sentían un altivo desdén hacia los cristianos, a los que creían incultos y bárbaros.

Para comprender la vida de Boabdil y situarla en su contexto cultural e histórico, tenemos que remontarnos en el tiempo hasta el siglo VIII, para comprender cómo empezó el islam en España y cómo consiguió sobrevivir allí, contra todo pronóstico, cuando parecía condenado a la aniquilación por el auge del poder de una reconquista cristiana cuyas raíces se hallaban en la propia invasión musulmana de la península Ibérica. El fatídico papel de Boabdil como rey que perdió el último reino musulmán de la península guarda un paralelismo sorprendente, si bien a la inversa, con la situación de Rodrigo, que gobernó España durante apenas dos años en 710-711 y perdió su reino cristiano a manos de los invasores musulmanes cuando su ejército fue derrotado por una incursión árabe el 19 de julio de 711. Sus reinados señalan el principio y el fin del dominio musulmán en España y el persistente interés por reescribir las biografías de ambos personajes debe gran parte de su fascinación a la ambivalencia de sus respectivas imágenes. De forma similar a Boabdil, la vida de Rodrigo pasó a formar parte de la ficción y el mito como el rey durante cuyo mandato la península Ibérica fue conquistada por tribus árabes y bereberes del norte de África. Dio origen a la historia fundacional del pueblo español, en la que la supuesta relación amorosa de Rodrigo con la hermosa mujer conocida como La Cava, la ramera, fue hecha responsable de la invasión musulmana, que estableció una poderosa presencia árabe en España durante casi ocho siglos.

En el momento de la invasión árabe de España, la religión de Boabdil llevaba establecida como fe menos de un siglo. El primer cristiano en escribir sobre el islam fue Juan Damasceno, quien redactó un

Diálogo entre un sarraceno y un cristiano hacia el año 745. El monje inglés conocido como Beda el Venerable, que escribió asimismo en el siglo VIII, expuso la idea cristiana del origen legendario de los musulmanes: eran supuestamente descendientes de Hagar, concubina de Abraham a ojos de los cristianos, en tanto que ellos descendían del hijo legítimo de este, Isaac. La historia de los orígenes según Beda hacía ilegítimos a todos los musulmanes, mientras que los cristianos pertenecían al linaje legítimo, si bien incestuoso, ya que Sara era la media hermana de Abraham. La cuestión del linaje y la legitimidad para gobernar era de vital importancia para los musulmanes y resultó fundamental en el desarrollo del reinado de Boabdil. Los primeros cristianos también creían que los musulmanes eran violentos por naturaleza, por ser descendientes directos de Caín, el fratricida. Ya en 634, cuando los musulmanes invadieron el Mediterráneo oriental apenas dos años después de la muerte del profeta Mahoma, las crónicas cristianas describieron el hecho como algo catastrófico, como la ejecución de una simbólica venganza de Dios sobre su pueblo pecador. En su visión, el instrumento de esa venganza era la línea bastarda de Abraham, protegida por Dios pero, no obstante, infinitamente alejada del amor de Cristo. Cuando el rey Rodrigo subió al trono en España en 710, ya estaban muy extendidos los prejuicios y el temor cristiano al islam.

La dinastía nazarí de la que Boabdil fue el último sultán no surgió hasta 500 años después, en el siglo XIII. Para poder apreciar las circunstancias históricas y culturales que condujeron desde el final del reino visigodo de Rodrigo a los orígenes de esa dinastía y su posterior desaparición, necesitamos tener una visión más amplia de cómo fue la vida en España desde el siglo VIII hasta principios de 1200. El historiador árabe del siglo XVII al-Maqqari presenta la historia de los musulmanes españoles simultáneamente como la colonización de una tierra verde y agradable y el final de una gran civilización. La invasión seguida de la conquista llegó a convertirse en un patrón familiar en la larga batalla por la tierra de España y sus habitantes y la religión se convirtió en el principal criterio de adhesión. En el año 418, en un episodio de colonización anterior, la tribu germánica de los visigodos había invadido España, derrotado a los vándalos y establecido un próspero reino cuya religión era la católica. La expansión de los estados árabes se produjo 300 años después, en correspondencia con el auge del islam en el siglo VII, en vida del profeta Mahoma. En 711, el islam estaba haciéndose poderoso y la proximidad de España a África la hacía vulnerable a

los ataques. Desde hacía algunos años, ya había habido expediciones comerciales amistosas a España desde el norte de África, y esas incursiones envalentonaron a los musulmanes, deseosos de poseer el territorio español que habían entrevisto. A esto venía a sumarse que el recién coronado rey Rodrigo era vulnerable desde el arranque mismo de su reinado debido a las dudas acerca de su legitimidad para gobernar. No pertenecía a la línea de sucesión real directa al trono, y su candidatura había sido presentada por miembros de la nobleza enemistados con los hijos del anterior monarca, Witiza. Algunas facciones poderosas consideraban a Rodrigo un usurpador. Esto debilitó su posición y expuso su autoridad a desafíos a los que intentó hacer frente con un atrevido despliegue de éxitos militares.

Mientras estaba haciendo alarde de su fuerza militar contra los vascos, lejos en el norte de España, el desastre golpeó en el sur. Musa ibn Nusayr, el poderoso gobernador árabe de Ifrikiya, como por entonces era conocido el norte de África, envió una incursión militar a España bajo el mando de su antiguo esclavo emancipado Tariq. Espantado, Rodrigo se apresuró hacia el sur para hacer frente a los invasores, que derrotaron a su ejército en el valle del río Guadalete, cerca de Medina Sidonia. Puede que su derrota se viese facilitada por la traición de los hijos de Witiza, que abandonaron a su rey en su postrer combate y se confabularon con el enemigo. La batalla puso fin al reinado de Rodrigo y, con él, al reino visigodo. La muerte de Rodrigo permanece envuelta en el misterio. No se da cuenta de ella en ninguna crónica fiable y algunos sostienen que huyó a Portugal, aunque la suposición general es que murió en combate.

Animado por este éxito inesperado, Tariq se apoderó rápidamente de Toledo y sus victorias animaron a Musa a seguir su ejemplo y tomó Sevilla. La osada invasión y fácil victoria de los árabes cobró ribetes apocalípticos tanto para conquistados como para conquistadores. Las primeras crónicas musulmanas describen historias premonitórias anunciadoras de la invasión y los tesoros fabulosos que los vencedores adquirirían posteriormente, incluida la auténtica Mesa de Salomón, hecha de oro y plata con incrustaciones de piedras preciosas, que había pertenecido al mismísimo rey bíblico. Había sido traída de Jerusalén a España y los invasores musulmanes la descubrieron en una fortaleza cerca de Toledo. Para los historiadores musulmanes, como para los cronistas cristianos, la conquista de España fue un acontecimiento de abrumadora importancia, que dio alas a la visión

árabe de conquista y victoria fomentada por la política de expansión proclamada por el gobierno de Damasco. La ocupación de Hispania, el antiguo nombre latino de España, formaba parte de una conquista islámica mucho más amplia que estaba teniendo lugar en el exterior de la península y del imperio tardorromano. En las crónicas árabes no se vio como un castigo divino a la corrupción española, como en la historiografía cristiana, que la presenta como una catástrofe de la misma magnitud que la caída de Troya. Tanto para los primeros historiadores musulmanes como para los cristianos, Rodrigo era un hombre del destino —aun siendo este un destino equívoco—, fundamental para la fortuna y porvenir de ambos bandos, lo que establece un paralelismo llamativo con el sino de Boabdil. Para los cronistas cristianos, Rodrigo fue el medio del que se valió Dios para castigar a los corruptos por medio de la derrota y la invasión; para los historiadores islámicos fue el instrumento de la conquista.

Los musulmanes no tardaron nada en sojuzgar casi toda España, fracasando solo en el reino de Asturias al norte. Traspasaron los ásperos y nevados Pirineos septentrionales y se adentraron por lo que ahora es el sur de Francia en pos de la yihad o guerra santa, pero su derrota en Poitiers en 732 a manos de Carlos Martel, nieto de Carlomagno, puso término a su expansión hacia el norte, y a las perspectivas de lo que habría sido una Europa muy diferente bajo dominio musulmán. Pronto se establecieron en la zona meridional de España conocida como Al-Ándalus (la actual Andalucía), término supuestamente derivado de las descripciones por los geógrafos árabes de los vándalos asentados en España como «al-ándalos». Entre 716 y 756, Al-Ándalus fue regido por una rápida sucesión de gobernadores árabes de dos grupos tribales, uno de Yemen y otro de Siria. Estos grupos tribales y la población autóctona se entremezclaron y a los visigodos e hispano-romanos se les dio la opción de convertirse o conservar su propia religión, siempre y cuando se sometieran a determinadas reglas y pagaran impuestos.

En el año 756, un suceso dramático y de consecuencias de largo alcance dio origen a casi dos siglos de un brillante desarrollo cultural y social que dejó muy atrás al resto de Europa. Un miembro de la familia Omeya gobernante en Damasco, Abd al-Rahman [Abderramán], llegó a España huyendo de la masacre de su familia a manos de la dinastía abásida rival y se proclamó a sí mismo emir, o gobernante musulmán temporal, e hizo de Córdoba su capital. Su exilio forzoso dio lugar a una época de crecimiento y abundancia sin precedentes, y el emir fa-

voreció una firme orientación islámica en todos los aspectos de la vida. Se levantaron escuelas, se inició la construcción de la Gran Mezquita, florecieron las letras y se fundó una célebre escuela de leyes. El primer emir español falleció en 788 y fue sucedido por su pacífico hijo Hisham I, a quien siguió el feroz tirano al-Hakam I. El erudito y piadoso Abd al-Rahman II (822-856) introdujo una nueva perspectiva, reformando la sociedad musulmana basándose en modelos de Oriente e intentando que los esplendores de Córdoba rivalizasen con los de Bagdad. Sin embargo, para finales del siglo IX su autoridad se había debilitado y surgieron rebeliones. Resultaba esencial un remedio político e institucional, pero solo llegó mucho más tarde, con Abd al-Rahman III, quien en 929 se proclamó califa de Córdoba (del término árabe *jalifa*, o sucesor), jefe no solo temporal sino asimismo espiritual de todos los creyentes musulmanes de Al-Ándalus. Con su reinado dio inicio el siglo de mayor magnificencia y estabilidad para los musulmanes de Al-Ándalus. El califa controlaba las vitales riendas del poder y Al-Ándalus se dividió en distritos territoriales, lo que dio pie a la creación de numerosos puestos administrativos. Esta base firme para el gobierno y defensa del estado se combinó con la floreciente cultura de la Córdoba del siglo X, que presumía de farolas en las calles, pavimentos y más de setenta bibliotecas bien surtidas en un tiempo en que Londres, por ejemplo, languidecía entre calles estrechas, embarradas y sin luz. Desgraciadamente, la gloria del califato omeya fue de corta vida: declinó tan deprisa como surgió, principalmente debido a la excesiva centralización del poder, y terminó por hundirse en 1031.

Al-Ándalus se fragmentó en veinte pequeños estados conocidos como reinos de taifas, de la palabra árabe que designa a una facción o partido. Mientras estos pequeños reinos se debilitaban con disputas internas y enfrentándose entre sí, dos poderosos enemigos estaban concentrándose en sus fronteras. Entre los miembros de la comunidad cristiana de la península había empezado a crecer un fuerte deseo de reafirmarse y recuperar lo que consideraban su tierra natal. Ese deseo se manifestó en la concepción de la así llamada Reconquista, auspiciada por la autorización, por el papa Gregorio IX, de la cruzada para recuperar los territorios perdidos ante el islam desde 711. Los cronistas medievales cristianos de esta época dedicaron muchas energías a destacar lo que los oponía a los musulmanes con los que compartían la península, en quienes proyectaron una imagen de extranjería. Las crónicas de los reyes de Castilla resuenan con declaraciones del estilo de: «De

nuestra parte, Jesucristo, Dios y hombre. De parte de los moros, el infiel y maldito apóstata Mahoma». Fortalecidos por esta retórica militante, los cristianos del norte reunieron sus fuerzas y su primera victoria importante se produjo en 1085, cuando el rey Alfonso VI de Castilla tomó Toledo. De esta forma, los reinos de taifas se vieron amenazados en sus límites septentrionales por el avance cristiano, mientras que al sur se cernía una amenaza temible desde el norte de África.

En el siglo XII, los musulmanes de Al-Ándalus fueron sometidos por dos grupos independientes de fanáticos reformistas políticos y religiosos del litoral norteafricano, los almorávides y los almohades. Los almorávides llegaron en 1090, predicando una extraña combinación de misticismo islámico puritano y artes de guerra, y para 1106 habían ocupado todas las ciudades importantes de Al-Ándalus. De forma inesperada, no tardaron en sucumbir ante la riqueza y brillo de la vida en la corte y la fuerza continuamente en ascenso de los reconquistadores cristianos y fueron expulsados definitivamente en 1145. Poco después, la población andalusí recibió una segunda paliza, esta vez a manos de los almohades, otro grupo de extremistas contrarios al laicismo e intolerantes en cuestión de religión. Estos alcanzaron el cénit de su poder entre 1160 y 1210: su monumento más famoso es el minarete de la Giralda en Sevilla. En 1172, habían capturado a su vez la mayor parte de las ciudades de Al-Ándalus y trataron de poner freno a la Reconquista cristiana, pero en 1212 sufrieron una derrota decisiva ante la hueste cristiana en la batalla de Las Navas de Tolosa. Impulsados por el ímpetu de la victoria, los castellanos y aragoneses avanzaron hacia el sur y para 1248 Al-Ándalus había perdido ante los cristianos casi todas sus ciudades importantes, incluidas Córdoba y Sevilla. La historia de España había alcanzado una encrucijada: el poder musulmán estaba menguando y el progreso de la Reconquista cristiana parecía inexorable.

Todo parecía indicar que la vida islámica en la península estaba a punto de irse a pique. Pero en 1232, en contra de todo lo esperable, se fundó una nueva dinastía musulmana en el pequeño pueblo de Arjona, en las onduladas colinas cerca de Jaén. El 18 de abril, al salir de la mezquita después de las plegarias del viernes, un caudillo local llamado Muhammad Ibn Yusuf Ibn Nasr Ibn al-Ahmar osadamente se proclamó gobernante de una pequeña zona que incluía Baeza al este, Guadix al sur y la propia ciudad de Jaén. Apenas cinco años después, en 1237, la ciudad de Granada se convertía en su capital y nacía la dinastía nazarí, que tomó su identidad del sonoro nombre del nuevo jefe, Nasr, que

significa victoria. Su tribu o clan era conocido como los Banu Nasr, o Banu l-Ahmar, y este arrojado luchador se proclamó emir, tomando el nombre de Muhammad I. Contra todo pronóstico, el reino de Muhammad resultó un brillante éxito: fundó un linaje dinástico que aseguró la presencia del islam en España durante más de 250 años en el mismo momento en que su futuro parecía más comprometido.

¿Qué sabemos del reino de Granada en los primeros tiempos, cuando gobernaba Muhammad I, y por qué decidió el antepasado de Boabdil hacer de la ciudad de Granada su capital? El reino coincidía muy de cerca con las actuales provincias andaluzas de Granada, Málaga y Almería, y la localización geográfica fue indudablemente el factor más importante en la elección de capital por Muhammad. Su asombroso emplazamiento en la cadena montañosa de Sierra Nevada, cuyas nieves al fundirse alimentan los dos ríos que atraviesan la ciudad, el Darro y el Genil, le proporcionaba una sólida ventaja defensiva. Los confines urbanos se hallaban en la vega de Granada, una gran llanura fértil irrigada mediante la más avanzada tecnología árabe, que proporcionaba abundante fruta, frutos secos, hortalizas y cereales a los habitantes de la ciudad, además de actuar como barrera defensiva. El reino nazarí estaba bordeado por el extenso litoral mediterráneo desde Gibraltar hasta Almería y por cadenas montañosas intercaladas por valles y llanuras fértiles, otorgándole una dimensión alpina. A menudo la única forma de llegar a las pequeñas ciudades y poblados era por angostos puertos de montaña recorridos por reatas de mulas. El clima presentaba contrastes violentos: caluroso y árido cerca del mar, seco y frío en los parajes montañosos, con diversidad de suelos feraces y matices climáticos que conformaban una buena tierra de cultivo. Con sus defensas montañosas naturales y su capacidad de suministrar alimento abundante, tanto el reino como la ciudad, con su magnífica situación dominando las fronteras de las tierras musulmanas, parecían el emplazamiento ideal para el emergente estado islámico.

Granada ya era antigua: la ciudad había nacido en el siglo VII, fundada probablemente por una comunidad judía, ya que los árabes la llamaban «ciudad de los judíos». Su antigua ciudadela, o alcazaba, se hallaba en el corazón de la ciudad fortificada levantada en la colina de la orilla oriental del río Darro. Correspondía aproximadamente al antiguo asentamiento romano de Iliberri y apenas había cambiado durante la época visigoda. No fue hasta principios del siglo XI cuando la dinastía musulmana de los ziríes la eligió como capital de su nuevo reino de

taifa, reforzando las viejas murallas y extendiéndolas hasta el borde de unas pronunciadas pendientes naturales que hacían muy difíciles los potenciales ataques. Hacia el final del siglo, Granada se convirtió en un gran centro urbano, con su medina, la tradicional ciudad amurallada árabe con un alcázar o ciudadela, dividida en dos por el río Darro. Hoy en día, mil años más tarde, el centro neurálgico de la ciudad sigue estando en el mismo sitio, confirmando la inteligente planificación urbana de los ziríes al adaptar sus necesidades a la topografía del entorno.

Granada todavía conserva algunos rasgos fundamentales de la ciudad musulmana del siglo XI. La iglesia de San José se levantó en el emplazamiento de una mezquita de esa época, cuyo minarete sirve ahora de campanario. El hamám musulmán, o baños públicos, en el actual barrio de San Pedro, se construyó en la misma época. A principios del siglo XII, si no antes, la mezquita mayor de Granada se levantaba en lo que ahora es la calle de los Oficios en el centro de la ciudad. La iglesia parroquial del Sagrario, anexa a la Catedral, ocupa la misma parcela. Sabemos que la mezquita mayor era muy hermosa, con columnas de mármol y capiteles y puertas traídos expresamente de Córdoba. Aún estaba en uso en vida de Boabdil y fue convertida en la iglesia y catedral en 1501.

Para cuando Muhammad I estableció la capital de su nuevo estado islámico en 1237, Granada no solo se parecía a una ciudad del África del Norte musulmana más que a una de la España cristiana, sino que funcionaba igual. El estatus de la ciudad dio lugar por entonces a dos categorías diferentes de musulmanes en la península Ibérica: en primer lugar, los muchos que vivían como súbditos de los reinos cristianos de Castilla, Aragón y Navarra; y en segundo lugar, aquellos que vivían en el pequeño y atestado reino musulmán independiente de Granada, que hablaban árabe y se consideraban con razón parte del mundo islámico. Desde los primeros tiempos, esos musulmanes tuvieron una conciencia llamativamente fuerte de su esencial unidad religiosa y cultural y se enorgullecían de lo que llamaban *Jazīrat al-Andalus*, la península de Al-Ándalus. Parecía ofrecer una garantía de que los musulmanes serían respetados por toda España. A partir de la época de Muhammad I, no existe constancia documental de cristianos nativos en ningún lugar de la Andalucía musulmana. Los cristianos que aparecen mencionados son esclavos, mercaderes, refugiados o extranjeros residentes. Su tendencia hacia una cultura de expresión puramente árabe le otorgó a la sociedad granadina una singular calidad: la *conviven-*

cia, las circunstancias sociales que permitieron que tres comunidades religiosas coexistieran juntas y que había sido un rasgo tan importante de la España islámica de siglos anteriores, estuvo enteramente ausente en Granada desde este momento hasta 1492.

Si seguimos a la dinastía nazarí desde sus inicios hasta el nacimiento de Boabdil, veremos emerger una serie de patrones políticos y dinásticos de una historia llena de confusión intensa, conflicto, traición y asesinato. Esos patrones tienen una influencia directa sobre la vida y las circunstancias del reinado del último sultán, y marcan la pauta de los momentos culminantes que conducen a la caída de Granada. En 1232, Muhammad I adoptó el título de emir y comendador de los creyentes. El título implicaba el dominio absoluto sobre sus súbditos, aunque este se viera refrenado un tanto por las tradiciones del gobierno islámico, según las cuales cierta autoridad estaba investida en teólogos y pensadores; se veía moderado asimismo por el poder de los caudillos menores del linaje. Un aspecto que llegaría a constituir una complicación crítica durante el reinado de Boabdil era el poder absoluto del emir para designar a su sucesor. Aunque no existía ninguna ley escrita al respecto, en la tradición política musulmana lo lógico era que al padre lo sucediera su hijo primogénito. Como veremos, en ocasiones este derecho era disputado de forma espectacular. El refuerzo visual de la autoridad de Muhammad I, el emblema heráldico de los nazaries, era un escudo cruzado con una banda, del que se decía había sido otorgado al emir por el rey cristiano de Castilla, Fernando III. Muhammad le añadió el lema musulmán *Le galib ille Allah*, «Solo Dios es vencedor». El color del estandarte nazarí era el rojo, como rojos eran el lacre, los sellos y el papel oficial de su cancillería, en reconocimiento de su nombre como fundador de la dinastía: al-Ahmar (el Bermejo o el Rojo). Parece un presagio temible del sangriento futuro de su linaje.

La ocupación de Granada en 1237 por el primer emir nazarí como testimonio de poder musulmán se produjo en un momento clave. En el celo de su cruzada contra los árabes, los cristianos de Castilla habían conquistado Córdoba en 1236 y los catalano-aragoneses habían tomado Valencia en 1238. Pronto, Muhammad I se vio envuelto en un enfrentamiento directo con los castellanos, aunque no está claro cómo se desencadenó el conflicto, ya que las crónicas cristianas y musulmanas se echan mutuamente la culpa. Muhammad aceptó un acuerdo de paz con Fernando III, por el que el emir reconoció al rey como su señor y

se vio obligado a pagarle espléndidamente bajo forma de «tributo»: una remuneración periódica de un gobernante a otro, normalmente con el fin de mostrar dependencia. Dos aspectos de este acuerdo con los castellanos resultaron decisivos. El primero fue la decisión de Muhammad I de convertirse en vasallo de Fernando, porque estableció un patrón que se repitió a lo largo de toda la existencia del estado islámico de Granada. El estado de Granada nunca aceptó la subordinación a Castilla y la de vasallo era una condición intermitente, prevista inicialmente para veinte años y posteriormente renovada y denunciada muchas veces por los gobernantes de Granada durante la larga historia de enfrentamientos entre ambas partes, a menudo alimentados por el apoyo prestado por el emir a los rebeldes musulmanes en territorio cristiano. Muhammad mostró su lealtad a su señor dándole a Fernando quinientos soldados para ayudarle a sitiar Sevilla en 1248 en lugar de auxiliar a sus correligionarios y en 1246 el emir renunció a la ciudad de Jaén en un claro acto de sumisión feudal. Pero también dio reiteradas muestras de sumisión a gobernantes musulmanes, como el califa de Bagdad y el gobernador de Túnez. Ninguna fuente árabe menciona que Muhammad I fuese vasallo de cristianos, aunque las crónicas cristianas describen repetidas veces a Granada como un estado vasallo. Muhammad I tuvo necesariamente que maniobrar con mucha destreza política para sobrevivir. Como ha señalado el historiador de la España musulmana L. P. Harvey, era un tiempo de trastrocamientos continuos de las alianzas: en España no había caudillos musulmanes que no hubiesen hecho tratos con los cristianos. Hubo musulmanes que lucharon a favor de los cristianos y viceversa. Hablar de traición o apostasía en cualquiera de los dos bandos carece de valor en el contexto del precario equilibrio existente entre las dos civilizaciones.

El segundo aspecto fundamental del acuerdo de Muhammad I con los cristianos concierne a la religión. Los eruditos de la ley religiosa musulmana, los ulemas, ejercieron en todo momento, hasta la rendición última de Boabdil, una poderosa influencia sobre la opinión pública y tendieron a favorecer el enfrentamiento hasta el amargo final antes que la diplomacia y el compromiso. Aunque pueda parecer que la religión desempeñó un papel secundario en el auge y caída del estado nazarí, este enfoque obtuso de los teólogos musulmanes causó grandes dificultades a sus líderes temporales. En consecuencia, resultaba difícil para Muhammad I hacer un tratado de paz con un monarca cristiano sin perder el favor del pueblo a raíz de la desaprobación de los ulemas.

La tensión entre política y religión en la Granada musulmana se convertiría en un factor determinante en el transcurso del reinado de Boabdil. Los emires granadinos se tomaban las cuestiones religiosas muy en serio y no eran ni liberales ni tolerantes, pero todos los miembros de la dinastía nazarí tuvieron que sopesar la amenaza de la derrota a manos de los cristianos frente a la pérdida del apoyo de la opinión religiosa en un estado cuya misma existencia dependía del islam.

Inesperadamente, el 22 de enero de 1273, Muhammad I se cayó del caballo y se mató durante una expedición militar menor cerca de Granada. Su éxito había sido asombroso. Sin arredrarse por la mayor derrota sufrida hasta la fecha por los musulmanes de España, la toma de Córdoba por los cristianos en 1236, había surgido de la nada para forjar en la península un refugio relativamente seguro para el islam, basado en compromisos quizás poco heroicos —aunque efectivos— con el enemigo, y lastrado por las discordias causadas por la pérdida de sus partidarios. Su legado consistió en la necesidad de mostrarse perpetuamente vigilante en los tratos con los cristianos, la disposición al compromiso y a cambiar de alianzas en función de los cambios en el poder político, y a cualquier cosa que resultase necesaria para asegurar la supervivencia de Granada.

El primogénito del emir, Muhammad II, sucedió a su padre en 1273 y reinó por espacio de casi treinta años, hasta 1302. Durante esta época se hizo sentir un tercer factor que tendría repercusiones dramáticas para el reinado de Boabdil: el poder del linaje. Hasta finales del siglo xv, los aristócratas granadinos vinculaban su existencia a alguno de los treinta y seis linajes que recogía la tradición, que descendían directa o indirectamente de las tribus de Arabia. Se decía que el resto de la población descendía de otros linajes apropiadamente gloriosos. Esto nos da una idea de la importancia práctica y psicológica del vínculo de agnación, por el que las personas están relacionadas por descendencia de un mismo antepasado, normalmente varón. En el siglo xiv, el famoso sabio musulmán, el jurista e historiador Abenjaldún, escribió acerca de esta solidaridad basada en la ascendencia, acuñando el término *asabiyyah* para describir el sentimiento de grupo, la fuerza cohesiva de la tribu o clan que, en su opinión, contribuía a la cohesión social. En su libro *The Rule of the Clan*, Mark S. Weiner explica cómo el islam se fundamenta sobre la visión de una comunidad jurídica y política explicada a través de metáforas de parentesco sacadas de lo más hondo del pasado árabe. El honor del grupo, la costumbre y el feudo proporcio-

nan la conexión cultural para los clanes, las antiguas estructuras tribales de los pueblos árabes que el islam consiguió asimilar, al tiempo que privilegiaba la identidad religiosa por encima de la lealtad tribal. Para que el grupo de parentesco funcionase como red de apoyo, sus miembros tenían que tener un conocimiento profundo de su linaje y conciencia de sus antepasados para poder forjar alianzas estrechas. La armonía en el seno del grupo se mantenía mediante la amenaza constante de la enemistad mortal, por antiguas rivalidades que podían ir a más. Cuando las tribus árabes se unían para defenderse en común, sus alianzas eran efímeras y cambiantes, algo que veremos claramente en el caso de Boabdil y su familia.

Un clan o *banu* estrechamente asociado a los primeros sultanes nazaríes fue el Banu Ashqilula, que había prestado su apoyo a las ambiciones de Muhammad I pero que, tras la muerte de este, se enemistó con su hijo a raíz de la decisión del difunto sultán de excluirlos del poder en su nuevo reino. El primer sultán había conseguido la ayuda de algunos nobles castellanos para luchar contra la rebelión del clan, pero el entonces rey de Castilla, el erudito Alfonso X el Sabio, aspiraba astutamente a atraer a esos nobles a su propio bando y apartarlos del de los musulmanes. Muhammad II corría el riesgo de perder el influyente apoyo de los castellanos, así que tuvo la feliz ocurrencia de hablar directamente con Alfonso. La *Crónica de Alfonso X* nos cuenta cómo Alfonso engañó astutamente al sultán:

Y vinieron [a Sevilla] con ellos el rey de Granada [Muhammad II] y el infante don Felipe y don Nuño y todos los otros nobles que eran con ellos en Granada. Y al rey [Alfonso X] plúgole mucho con aquellas compañías, y recibíolos muy bien y les hizo mucha honra, y señaladamente al rey de Granada. Y en esta venida lo hizo caballero y puso con él su pleito y su amistad lo más firme que el rey de Granada pudo, según que lo habían otorgado la reina y don Fernando. Y otrosí el rey de Granada otorgó al rey don Alfonso de ser siempre su vasallo, y de le dar de sus rentas de cada año trescientos mil maravedís de la moneda de Castilla. Y en toda esta morada que hicieron en Sevilla hizo el rey don Alfonso mucha honra al rey de Granada.

Pero una vez concluido este acuerdo, la reina y el noble don Fernando presionaron a Muhammad para que otorgara una tregua de hasta dos años al Banu Ashqilula:

Y al rey de Granada pesole mucho con este ruego, ca entendió que se los querían amparar [a los Banu Ashqilula], y que habían llevado de él el haber que él dio por que los desamparasen.

Habiendo aprendido a tener cuidado con el poder del clan y lo peligroso que resultaba fiarse de los castellanos, Muhammad II siguió desarrollando con gran habilidad el proyecto, iniciado por su padre, de crear un territorio propio para los musulmanes andaluces. Repentinamente, en abril de 1302 el segundo sultán de Granada murió de forma horrible, entre rumores de que había sido envenenado por un pastel que le había preparado especialmente su hijo y heredero.

Muhammad III ha pasado a la historia como un hombre peligroso, supersticioso, impredecible y desconcertante de personalidad esquizofrénica, propenso a la crueldad bestial, tal como refiere el historiador andalusí Ibn al-Jatib:

Al comienzo de su reinado, en un súbito arrebató, mandó arrestar a un grupo de soldados de la guardia real de su padre de los que se había formado mala opinión. Los hizo encerrar en las mazmorras de la Alhambra y se quedó la llave, amenazando de muerte a cualquiera que osara darles de comer. Así permanecieron días y días, dando voces en el paroxismo del hambre, y los primeros en morir fueron devorados por los que seguían en vida. Por último, de puro agotamiento y debilidad, todos callaron. Uno de los centinelas puesto de guardia en la boca de la mazmorra, movido por la compasión, les tiró un mendrugo de pan. Alguien delató al guardia y llegaron órdenes de que lo degollaran al borde de la fosa, para que su sangre se derramara sobre los prisioneros.

El breve reinado de Muhammad III señaló el inicio de un período de inestabilidad, traiciones, asesinatos y violencia que se prolongó durante más de un siglo. Su prisa injustificada por negociar la paz con los cristianos y el considerable error político que cometió al intentar controlar el puerto de Ceuta, lo que le granjeó la enemistad de sus aliados norteafricanos, trajeron consigo su derrocamiento el 14 de marzo de 1309 en una revolución palaciega encabezada por su hermano Nasr, y su exilio interior en Almuñécar. A lo largo de los veinticuatro años que siguieron, el reino de Granada fue gobernado por tres sultanes diferentes. Nasr, el cuarto sultán, reinó solo cinco años y en ese tiempo defendió con éxito las ciudades costeras de Almería y Algeciras contra Castilla y Aragón, que habían unido sus esfuerzos para aplastar Gra-

nada. Su derrota detuvo la Reconquista cristiana durante décadas. Pero Nasr, último descendiente de la línea directa del Banu al-Ahmar que se remontaba a Muhammad I, fue derrocado por su primo Isma'il, que se hizo con el trono en 1314, y Nasr acabó sus días desterrado en Guadix, sin dejar descendencia.

Una muerte violenta impidió que Isma'il, descendiente del mismo antepasado que Nasr, aunque por otra línea, gozase de un largo reinado. En esta ocasión, fue uno de los primos de Isma'il quien, sintiéndose ofendido por unas palabras ásperas, conspiró para asesinarlo. El resultado fue que el hijo mayor del emir, apenas un muchacho, se convirtió en Muhammad IV en 1325. El patrón de violencia y derramamiento de sangre se afianzó con más firmeza si cabe cuando los ocho años de reinado del sexto sultán nazarí concluyeron con su asesinato en 1333, cuando regresaba de Gibraltar a Granada. Se tratase de una conspiración urdida en el norte de África o en Castilla, Muhammad IV, como Isma'il, murió traicionado.

Por contraste, el reinado de Yusuf I, de 1333 a 1354, inauguró una época gloriosa de logros culturales nazaríes. Se cultivaron las artes y muchos de los principales escritores del momento visitaron la corte real. Fue durante el reinado de Yusuf cuando la Alhambra alcanzó todo su esplendor y ya habrá ocasión de comentar más cosas sobre esa gran ciudadela en tiempos de Boabdil. Era costumbre que el emir o califa, al ascender al trono, fijase su residencia en una ciudad palatina que albergase asimismo su corte, funcionarios principales y, a menudo, su ejército. Una ciudadela semejante tendría todo lo necesario para funcionar como unidad autónoma. Cuando Muhammad I fundó su nueva capital, creó una ciudad de esas características en la Alhambra, cuya estructura urbana ya estaba claramente trazada cuando su hijo alcanzó el poder. Durante el reinado de Yusuf I se levantaron por orden suya la monumental Puerta de la Justicia así como el palacio de Comares, con sus estancias para las recepciones reales, su enorme patio rectangular, con fuente y gran alero de madera representando el concepto islámico del cielo, una de las cimas de la carpintería nazarí. En tiempos de ese gran gobernante que fue Yusuf, la arquitectura granadina alcanzó su cumbre.

Pero Yusuf no pudo relajarse. Encajonado entre Castilla y África del Norte, se vio obligado a no descuidar nunca su guardia, aunque esta vigilancia no impidió las hostilidades. Como sus predecesores, Yusuf firmó una tregua con Castilla y luego negoció sendos acuerdos con los

castellanos y con los benimerines del norte de África, colocando a Granada de peón entre dos grandes poderes. Su reinado presenció el mayor revés a la causa musulmana en España anterior a 1492, con la victoria cristiana en la batalla del Salado en 1340. En esta resultó un factor decisivo el armamento, como ocurriría en los últimos combates de los nazaríes para intentar salvar su ciudad. Los cristianos castellanos acosaron sin cesar al enemigo con cargas de caballería pesada que, como explica Harvey, eran una forma de lucha muy arraigada, por motivos ideológicos, en el seno de la sociedad aristocrática de la Europa occidental. La caballería árabe, ligeramente equipada y muy maniobrable, era incapaz de hacerle frente. Para empeorar aún más las cosas, el celo de cruzada del rey Alfonso XI de Castilla le inspiró otro intento de tomar Algeciras en 1342-1343. De nuevo, la maquinaria bélica resultó crucial. Memorablemente, se trató del primer enfrentamiento a gran escala en que se empleó artillería en la península Ibérica, y de uno de los primeros del mundo. De hecho, fueron los musulmanes quienes introdujeron las nuevas armas, no los cristianos, como estos afirmaron en sus crónicas. Al final, los musulmanes no cedieron y después del prolongado sitio de Algeciras, en 1344 se acordó una tregua de diez años.

El reinado de Yusuf I terminó de forma característica. En 1354, cuando estaba orando en la Gran Mezquita de Granada, un asesino, descrito como un perturbado en las crónicas árabes, lo apuñaló hasta causarle la muerte. Fue como si pesase sobre los nazaríes la maldición de una muerte violenta. Sin embargo, el genio de Yusuf como gobernante permitió que su reino perdurara ciento cincuenta años más y asentó su fama como uno de los principales lugares del mundo por sus logros culturales islámicos.

Su hijo y sucesor Muhammad V, el tatarabuelo de Boabdil, fue el primer sultán nazarí que experimentó el fenómeno del reinado interrumpido, que acabaría siendo un rasgo principal de los años finales del mandato nazarí. Solo tenía 16 años cuando empezó a reinar y a los cinco años ya lo había sustituido otro príncipe nazarí, tras un golpe palaciego que presenta un gran parecido con acontecimientos futuros. La Alhambra se convirtió en un semillero de sedición y traiciones. Otro Isma'il, nieto del emir Nasr, y su madre Mariam se llevaron un buen chasco cuando Muhammad V fue proclamado nuevo sultán, pero a Isma'il neciamente se le permitió seguir viviendo en la Alhambra. De algún modo, sus cómplices en la conspiración lograron escalar los imponentes muros del palacio en ausencia de Muhammad para luego no

permitirle volver a entrar, obligándolo así a huir a Guadix; Isma'íl II ocupó el trono gracias al dinero de su madre y la astucia de su plan. De forma alarmante, Isma'íl fue asesinado en 1360 a raíz de una nueva conspiración que también le costó la vida a su hermano y a sus cortesanos más allegados. Muhammad VI, el Bermejo, sobrino de Yusuf I, ocupó el trono. Entretanto, Muhammad V, leal vasallo de Castilla al más puro estilo nazarí, recibió la ayuda del rey Pedro I de Castilla contra Muhammad el Bermejo, a quien Pedro hizo prisionero y terminó por envenenar. Muhammad V recuperó el reino de Granada en 1362, negoció una serie de treguas que dieron lugar al período de paz más prolongado que vivió Granada en toda su historia, y reinó durante treinta años, hasta sus cincuenta y tres. Introdujo mejoras considerables en la Alhambra, incluida la creación del Patio de los Leones, y muchos de los hermosos edificios que hoy conocemos fueron obra de sus arquitectos y artesanos. Murió el 16 de enero de 1391.

A partir de entonces, los sultanes se sucedieron a un ritmo desconcertante: leída, su historia parece un relato de *Las Mil y Una Noches*. A lo largo de los siguientes veintiséis años, hasta ya entrado el siglo xv, reinaron brevemente tres sultanes. Yusuf II, hijo de Muhammad V y bisabuelo de Boabdil, reinó solo dos años, dominado por Jalid, fiel sirviente y ministro de su padre, que pasó de tirano a víctima en una espantosa ejecución cuando Yusuf II sospechó que conspiraba para envenenarlo. Resulta irónico que, con todo, Yusuf sufriese una muerte terrible poco después al ponerse, según las crónicas cristianas, una túnica de oro emponzoñada que le había enviado el rey de Fez.

Muhammad VII sucedió al sultán envenenado en 1391 y reinó dieciséis años hasta su muerte, en mayo de 1408. La característica fundamental de este período, aparte de la violencia y del derramamiento de sangre en palacio, fue el creciente poder de Castilla. El reino cristiano se había recuperado de los estragos de la peste negra en el siglo xiv y estaba desarrollando el considerable poder que, con el tiempo, la llevaría a dominar Europa y el Nuevo Mundo. La diestra diplomacia y la osadía que habían permitido al reino de Granada hacer frente a Castilla se volvieron menos eficaces a medida que los cristianos empezaron a aplicar su fuerza y se negaron a aceptar la clase de treguas fáciles acordadas en el pasado. Para cuando Boabdil accedió al trono, esto ya había tenido graves consecuencias.

Mientras Muhammad VII fue sultán, su hermano mayor permaneció encarcelado en el castillo de Salobreña. Liberado por fin a la muer-

te de Muhammad VII, subió al trono como Yusuf III y reinó nueve años, de 1408 a 1417. Se esforzó por negociar la paz con Fernando I de Aragón, pero este logró una conquista vital con la toma de la activa ciudad fortificada y fronteriza de Antequera, lo que enardeció a los conquistadores y desmoralizó a los granadinos, que perdieron una espléndida ciudad y una fértil región agrícola. A la muerte de Yusuf III en 1417, volvió a surgir el problema de la guerra de clanes, perturbando los treinta y cinco años siguientes, en lo que Harvey describe como un caso extremo de múltiples reinos entrelazados. En el período que se extiende hasta 1453, Muhammad VIII reinó dos veces, en 1417-1419 y 1427-1429, mientras que Muhammad IX el Zurdo reinó tres, en 1419-1427, 1429-1445 y 1447-1453. Yusuf IV reinó de 1430 a 1432, Yusuf V en 1445, 1450 y 1462-1463, y su hijo Isma'íl III de 1446 a 1447. ¿Qué conclusión se puede sacar de esto? Aparte de la vertiginosa inestabilidad política del estado granadino, atizada internamente y también desde el exterior por la interferencia de Castilla, resulta posible identificar un nuevo factor destructivo: el feroz enfrentamiento entre facciones de clan en la propia Granada, principalmente entre los Banu Sarraj, conocidos como abencerrajes, y los Banu Bannigas, conocidos como venegas.

En 1419, un golpe de estado encabezado por los abencerrajes causó la caída de Muhammad VIII y llevó al trono a Muhammad IX. No pertenecía a la línea sucesoria directa, y esta falta de legitimidad para gobernar dio origen a una profunda discordia interna que se prolongó hasta el final del emirato. Al destruir la legitimidad directa de la sucesión, los abencerrajes esperaban introducir un sistema político basado en el respeto del poder y privilegio de su linaje y sus disensiones familiares aparecen idealizadas en diversos romances y relatos del siglo XVI, recordándonos la importancia e influencia del linaje en esta sociedad. Cuando Muhammad VIII fue restablecido en el trono en 1427, hubo un cambio de ministros y a la cabeza del gobierno abencerraje fue nombrado Ridwan Venegas, cuyo clan era partidario de la legitimidad sucesoria. Ridwan era el principal enemigo de Muhammad IX en el seno de la elite gobernante granadina y propuso un tercer candidato al trono, Yusuf IV, apoyado por Juan II de Castilla, cuya historia se cuenta en el famoso romance castellano «Abenámara». Pero para cuando Muhammad IX murió en 1453, los abencerrajes ya habían encontrado un nuevo pretendiente al trono en Abu Nasr Sa'd, nieto de Yusuf II y abuelo paterno de Boabdil.

ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	9
1. La dinastía nazarí de Granada	11
2. Hombre del destino: la juventud de Boabdil	33
3. De caballero a rey: Boabdil reina en Granada	47
4. Capturado.....	61
5. De rey a peón	81
6. Jaque mate: el camino a la rendición	101
7. Exilio.....	127
8. Boabdil en la literatura y en la leyenda.....	149
9. La última batalla del moro	171
<i>Principales personajes</i>	191
<i>Árbol genealógico de la dinastía nazarí</i>	193
<i>Lecturas recomendadas</i>	195
<i>Agradecimientos</i>	199
<i>Ilustraciones</i>	201
<i>Índice alfabético</i>	203